

Agenda propia

Una de las cosas que más llaman mi atención en el actual modelo de universidad, es lo que llamo el fenómeno de “la agenda propia”, consistente en que los profesores de planta han llevado su autonomía hasta límites poco razonables. Esta anomalía tiene particular presencia en nuestra USM, donde con dificultad uno está enterado de lo que hace el colega que ocupa la oficina de al lado.

La universidad en que me tocó estudiar era muy diferente, no sé si mejor o peor y no es mi objetivo ahora llegar a alguna conclusión en ese sentido, aprovechando de enfatizar que detesto el dicho que proclama que “todo tiempo pasado fue mejor”. Lo único bueno del pasado es que uno era más joven y desde luego pienso que la juventud es una etapa bellísima de la vida (“juventud divino tesoro,” solía decir mi padre).

Mis maestros dedicaban casi todo su tiempo laboral a cultivar una relación de calidad con sus estudiantes. Siempre estaban en la universidad, en la oficina o en el taller, siempre disponibles para atender cualquier consulta. Viajaban muy poco y al extranjero casi nada, escribían libros y hacían proyectos de arquitectura, es decir dibujaban planos.

Así era la academia que conocí, en la que me formé, la que me cautivó y motivó a incorporarme a sus filas. Así era la educación superior que admiré y sus valores son los que intenté emular en mi propia vida académica.

La escuela de arquitectura era una organización con identidad, una comunidad reunida en torno a un proyecto de enseñanza y aprendizaje de la disciplina. Un corpus compacto donde el objetivo del colectivo (errado o no), prevalecía por sobre el del individuo.

Esa universidad desapareció. Los maestros capaces de hablar en profundidad de ciencia y arte, en su mayoría se murieron, quedan algunos en las facultades más tradicionales del país; son una especie en extinción.

En la universidad actual, cada profesor tiene su propia agenda de actividades, independiente de la organización a la cual pertenece. Los viajes al extranjero son pan de cada día y los jefes más importantes están fuera de la universidad para la que trabajan. Estos son los directores de tesis doctorales, o algún funcionario de algún ministerio o corporación. A ellos reportan sistemáticamente, muchas veces incluso sin el conocimiento de su director o decano.

El “paper” es más relevante que un libro y la ponencia en un congreso más importante que una clase de la asignatura. El informe o la publicación tiene prioridad por sobre una sesión de crítica de taller. Por otra parte, o la misma quizás, las reuniones de pares son poco valoradas como instancias de intercambio de opinión e información.

La individualidad ha sobrepasado por lejos al colectivo. A la universidad actual la veo como una sumatoria de individuos, cada uno remando en su propio bote con su propio rumbo. A este respecto, recuerdo la imagen que nos presentara el consultor Iván Vera, un par de años atrás, describiendo la situación de la USM como la de un avión que navega sin un piloto a cargo; mi visión no resulta tan exagerada ni caricaturesca, pero apunta en el mismo sentido, al mismo fenómeno.

La gran paradoja que enfrentamos es que estamos en la época en que la planificación estratégica ha sido instalada en un altar como un dogma. Cada cuatro años hay que hacer planes, definir estrategias y tácticas, determinar indicadores de medición de las metas y logros, etc. Toda esta metodología, valiosa por cierto, de poco servirá mientras la individualidad siga predominando por sobre el espíritu de cuerpo, o mientras cada uno haga lo que le parezca apropiado con el argumento de que está aportando con su productividad a los indicadores y, por ende, a mejorar y engrandecer a la institución.

Hoy en día los académicos tienen agenda propia y sus superiores directos carecen de los instrumentos para alinear a todos detrás de un mismo objetivo.

Esta universidad actual, centrada en el individuo, no me seduce ni me causa admiración; es más, de haber sido así cuando estudié, difícilmente hubiese dedicado mi vida a esto. Este modelo - basado en el rendimiento individual- ha sido impulsado desde el estado y ha permeado todo el sistema universitario chileno, con la ilusión de igualarlo a estándares internacionales. En el departamento de Arquitectura ya comenzamos a sufrir las consecuencias y será muy difícil perseverar en una agenda común.

L.PABLO BARROS L.

Prof. USM

Oct.2015

